

CAPITULO III

**Después de la unificación:
Política interior
y panorama diplomático
de Salamanca**



CAPÍTULO III

DESPUÉS DE LA UNIFICACIÓN: POLÍTICA INTERIOR Y PANORAMA DIPLOMÁTICO DE SALAMANCA

A partir del 19 de abril (1937) el proceso de unificación política continuó aunque no sin tropiezos ni dificultades. Por el lado falangista se señaló en los primeros momentos una actitud de resistencia reprimida con severidad. De todos lados llegaban noticias de que se preparaba un acto de rebelión. Se conocía un telegrama cifrado en nombre del jefe falangista Hedilla a las Jefaturas Provinciales que se estimó subversivo. Se supo que algunos emisarios de Hedilla partían para las provincias con el fin de preparar manifestaciones y quizás actos de resistencia. Del mismo modo Hedilla -al tiempo que se publicaba el Decreto y antes de aparecer los nombramientos del Secretariado- había designado una Junta Política en la que figuraban Pilar Primo de Rivera, el General Yagüe, Dionisio Ridruejo, José Sainz, Merino y algunos otros.

La acusación por un propósito de rebelión era concreta y se dejó el asunto en manos de la Justicia Militar. El Comandante Doval, encargado de las cuestiones de orden público, hizo tomar algunas medidas más bien espectaculares. Prohibió la entrada a los falangistas que acudían a Salamanca, se practicaron bastantes detenciones, entre ellas la de Hedilla y otros falangistas significados. A Hedilla se le impusieron dos penas de muerte, y no fue esa la única pena capital. Ninguno de ellos fue ejecutado, y al cabo de poco tiempo el número de falangistas presos era muy reducido¹.

Algunos falangistas rebeldes que habían quedado en libertad se unieron en un pequeño grupo hostil al Secretariado oficial para seguir influyendo sobre sus propias masas. Comprendí que el Secretariado no era bastante representativo y que, en cambio, el trato con estos disidentes sería útil para lograr la entrada cordial de los más auténticos en la

¹ *En lo referente al incidente sangriento del día 16 y a la actitud de Hedilla frente al Decreto de Unificación he de puntualizar, porque es indudable que las graves medidas que allí se tomaron fueron consecuencia de las circunstancias y de la gran confusión de aquel momento. Al leer el relato que del triste suceso hago en el libro, Hedilla -con sus "negros", me refiero a estos en disculpa de él- me escribió una carta insultante haciéndome responsable de todas sus desgracias, incluso de las privadas, y recusando la versión que yo daba de los hechos aunque yo lo hacía con todas las cautelas: "se estimo", "se dijo", en lo que se refiere a la imputación de responsabilidades. Yo le contesté con otra carta serena y cristiana y doy gracias a Dios de haberlo hecho así. Hoy se me ofrece la oportunidad de puntualizar con mejor información que la que a la sazón tenía: Yo no desempeñaba entonces ningún cargo oficial, acababa de evadirme de la zona roja, y solo ejercía una función de colaborador privado o consejero de "facto", como quiera llamarse. Por consiguiente mis fuentes de información no eran otras que las de la policía -Doval, Cano, Groizard- del Cuartel General. En la carta de referencia se obró sin gallardía y sin justicia porque él -y quienes la escribieron- sabía que las decisiones que se adoptaron se tomaban muy por encima de mí, que no podía tomar ninguna. Luego estuve en el poder y más tarde, cuando me escribió la carta, yo era una persona desplazada e indefensa. Eligió para su ataque -la verdad es que no estuvo solo en el sistema- lo más fácil, cuidándose de no atacar al Poder ni de dirigirle recriminaciones sino simplemente peticiones de reparación "moral y material". Parece que efectivamente hubo errores y que el telegrama que se circulo a las Jefaturas provinciales -firmado por Sainz, Jefe de Toledo, y que yo no tenía por que conocer- no era en rigor subversivo según resulta de la información que con posterioridad a las cartas me dieron algunos jefes provinciales y otros falangistas de superior jerarquía que vivieron muy de cerca aquellos sucesos. Según estos el telegrama decía poco mas o menos que "para evitar confusiones te limitarás a ejecutar las órdenes que sean transmitidas por conducto regular". Parece que todo aquello más que una acción contra Franco era una guerra interior entre grupos de falangistas que cada uno se atribuía el mando. Hedilla se negó a aceptar un cargo inferior al que, según él, se le había prometido y a quejarse de no haber sido requerido para proponer los nombres de los nuevos jefes. Por encima de todos estos tiquismiquis Hedilla omitió que fui yo quien resueltamente, reflexivamente, intervine para evitar su ejecución cerca de quien al tener la gran responsabilidad de conducir la guerra había de ser necesariamente enérgico para evitar desordenes en la retaguardia que pudieran trascender al frente y rebajar la elevada moral de los combatientes. Se le conmutó así la pena y luego trate de aliviar su situación penitenciaria como lo prueba la carta del gormador civil de Gran Canaria publicada por García Venero en su libro "Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla" (que se incluye en los Apéndices), en la que me dice que con arreglo a mis deseos se le atiende especialmente; me ocupe de su madre que venia a mi casa con alguna frecuencia- ayudándole económicamente en la modesta medida de mis posibilidades privadas.*

nueva organización. Procure que tuviesen la sensación de que se deseaba el dialogo y la comprensión. Mis ejercicios de paciencia fueron infinitos, pero aquel era el único medio serio de conocer los puntos de vista de los falangistas y tener una idea de cuáles eran las personas en las que ellos tenían mas fe, o que realmente tenían más valor.

En Salamanca ese grupo estableció su cuartel general en una pequeña casa de la plazuela de San Julián donde residía Pilar Primo de Rivera, sacerdotisa que ofrecía todo sacrificio al recuerdo, al pensamiento y al gran propósito de su hermano ausente. A mi aquella pura y rigurosa -casi sublime- lealtad de entonces me emocionaba. Allí, en torno a una camilla, se sostenía el fuego sagrado. Pasaban por aquella casa falangistas de casi todas las provincias a recibir consignas o transmitir inquietudes y todo ello se lanzaba luego sobre el Cuartel General con bastante impertinencia².

La reacción de los tradicionalistas fue distinta. En realidad los tradicionalistas de verdad no deseaban ninguna alianza y creo que tampoco querían el acceso inmediato al Poder. No obstante entraron a colaborar sin ostensibles muestras de resistencia. Simplemente reservados y escépticos.

En cambio, en el primer momento, tuve la impresión de que los militares recibieron el acto con agrado, al menos porque significaba la sumisión de las milicias, que no siempre eran lo suficientemente disciplinadas³. El Ejército siguió siendo la fuerza mas importante del régimen, preferentemente atento a su función específica -apolítica- con lo que resulta claro, una vez más, que el Partido fue una de las fuerzas pero no la única ni la principal.

También se incluyó en la unificación –aunque por disposición especial, sin haber sido expresamente citados en el Decreto- a los grupos de Acción Española y Renovación Española. Se pensó que podían ser buen fundente de las dos alas unificadas. Muchas de las personalidades de estos grupos aceptaron con entusiasmo y colaboraron en puestos importantes; sólo alguno se apartó voluntariamente tiempo después⁴. Algunos de estos últimos y también de los primeros fueron muy pronto empleados en el Servicio de Prensa y Propaganda del Estado en cuya dirección se colocó un técnico de la radio, el Comandante Arias Paz, uno de los pocos hombres que allí vestían por entonces de paisano⁵.

² *Ridruejo, Aznar, González Vélez y alguna vez Pilar, eran mis interlocutores en aquella delicada gestión. Mis ejercicios de paciencia fueron en aquella etapa infinitos –con ellos y con el mando- pues yo estaba cogido entre dos fuegos. Hubiera sido grave que me hubiese descuidado comunicado al “sanedrín” de la Plazuela de San Julián lo que “arriba” se pensaba y decía de ellos y a la inversa; el polvorín hubiera volado porque en ninguna de las dos partes había flexibilidad.*

³ *Ya he dicho que a la unificación política precedió la unificación de las milicias armadas encuadradas por oficiales profesionales y sometidas a un mando superior común que ejerció el General Monasterio. Esta medida se justificaba por necesidades funcionales pues había que avituallar por igual a soldados y milicianos, llevar sus hojas de servicio, regular sus permisos, sus recompensas, etc. Pero es que, además, se habían producido incidentes peligrosos sobre los que me extenderé en otra ocasión. Esto requiere una explicación que daría lugar a una nota demasiado extensa por lo que, como digo, lo dejo para otro libro en preparación.*

⁴ *Me refiero especialmente a Vegas Latapié, que renunció a su puesto de Consejero Nacional de FET de las JONS porque para tomar posesión de exigía el juramento de fidelidad a Franco. Ya he dicho antes que Vegas fue políticamente uno de mis más virulentos enemigos, pero ese gesto de independencia y respeto a sus fidelidades, a su conciencia, le honra.*

⁵ No, Arias paz no era un técnico de la Radio sino de motores de explosión. El verdadero técnico de los Servicios de Radio fue el Comandante Torre Enciso.



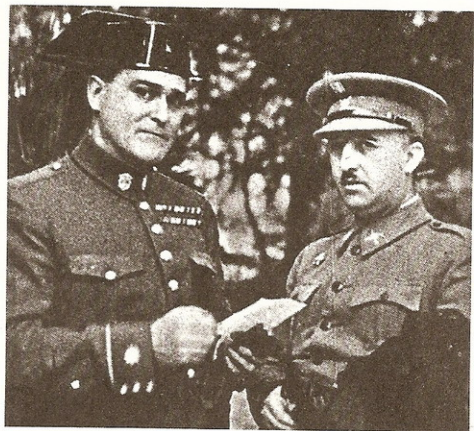
Pilar Primo de Rivera.



Dionisio Ridruejo.



General Yagüe.



El Comandante Doval, encargado de las cuestiones de orden público en Salamanca, con el General Franco en octubre de 1934.

* * *

Realizada la unificación de partidos el acto político inmediato e imprescindible había de ser la formación de un gobierno. Sin gobierno el Estado no tenía una expresión normal. Necesidades exteriores e interiores lo reclamaban. El enemigo disponía de un gobierno. Una gran tarea cayó entonces sobre mi: la de ejercer una secretaria política en colaboración íntima con Franco. Desde entonces, según antes he dicho, partió la leyenda de mi omnímodo poder. En realidad este se limitaba al consejo, a la preparación de tarea y a la relación con las gentes: un trabajo múltiple y agobiador. Debía especialmente conversar con docenas de personas cada día. Como si mi presencia allí fuera el símbolo de una renovación en la casa, y en cierto modo lo había sido, no faltaban recelos ni caras largas. El "Norte de Castilla" publicaba una información de Portugal que dando cuenta de mi llegada a Salamanca hacía conjeturas sobre el alcance de esta presencia mía y aseguraba que una nueva etapa de acción política eficiente iba a comenzar. El director del periódico, el notable escritor Francisco de Cossío, fue sancionado. Creo que por aquellos días el recelo no quedó limitado a las antecámaras, pero sin que dejara de notarse la presión de todo ello Franco tenía confianza en mí. Contribuían a ello varios factores. Yo había sido un amigo seguro en los días de la persecución. Era un abogado iniciado ya en la vida política. Por otra parte mi actitud de entonces era la más lejana a la del hambriento de poder con un sentido personal. (De qué modo tan diferente hubiera actuado de haberlo tenido. ¡Con cuanta menor generosidad! Me hubiera hurtado con mayor cautela a los ataques entonces lejos de rehuir busqué.) Apetecía el poder solo con el ingenuo, sin duda equivocado y fracasado propósito, de realizar una obra. Como digo, en el tiempo difícil no había vacilado nunca en acompañarle y ayudarle, el hecho de que yo fuese un hombre independiente y crudo en mis opiniones y consejos no le causaba por aquellos tiempos molestia. La incondicionalidad puede ser la actitud de un amigo, debe ser la de algún pariente, la de un subalterno, pero es contraria a la lealtad de un consejero, pues esta solo existe cuando tiene una actitud crítica.

Sin ser específico, como ya he indicado, mi cometido se refería entonces exclusivamente a la política interior y dentro de esta preferentemente a la vigilancia y orientación del partido. Hube de preparar los primeros planes y disposiciones orgánicas de la Administración Central del Estado para la constitución del primer gobierno y asimismo hube de realizar gestiones de carácter personal con este fin. Mucha actividad en política interior.

Panorama diplomático

En cambio apenas tuve relación con los escasos representantes diplomáticos que entonces había en Salamanca y con cuanto afectara con la política exterior. Como es sabido eran muy pocas las naciones que habían reconocido entonces a la España nacional. Sobre quien fuera la primera de estas ha existido siempre una disputa entre las Repúblicas del Salvador y Guatemala, porque una tomó horas antes el acuerdo de reconocimiento, pero lo comunico más tarde, y otra habiéndolo tomado horas después lo había comunicado antes (8 de noviembre de 1936). Siguió a este reconocimiento el de Italia y Alemania -el 18 de noviembre-, y más tarde en 11 de mayo de 1938 el de

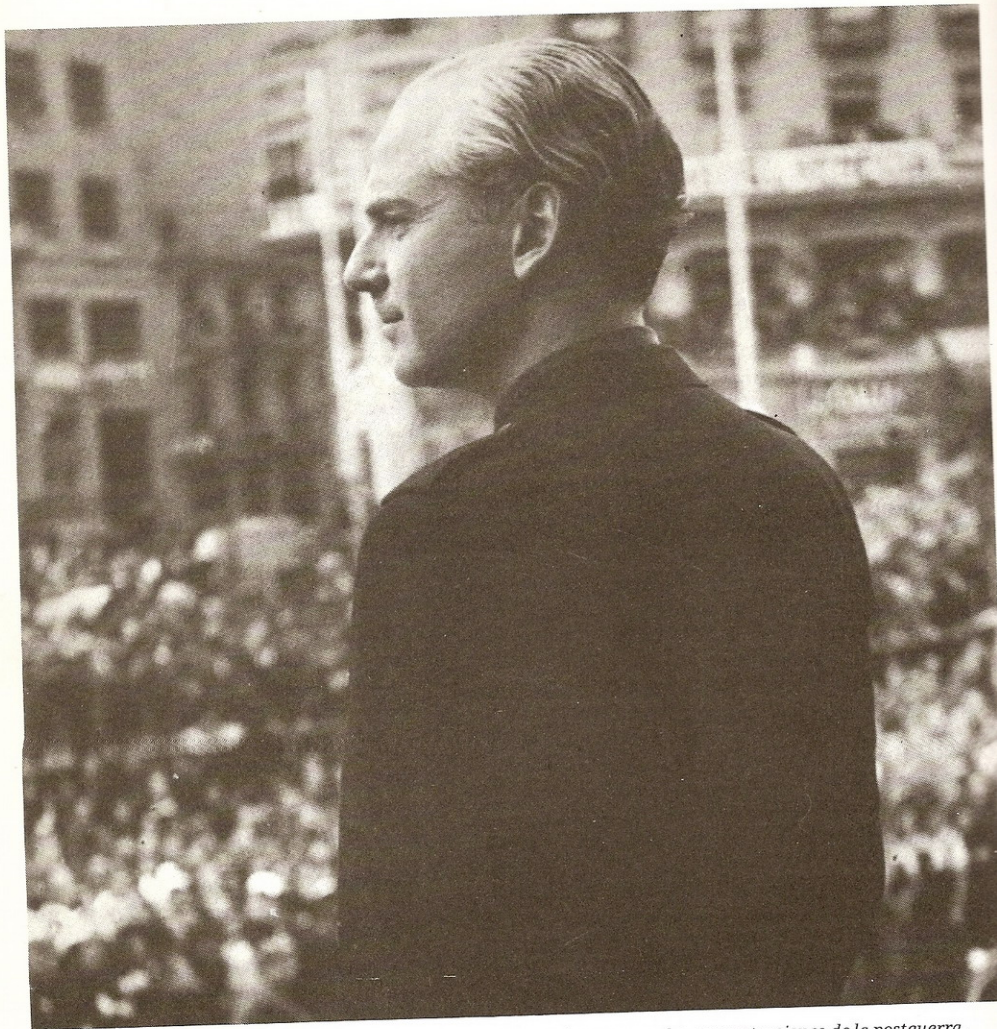
Portugal. Irlanda, sin reconocernos, permitió el envío de una pequeña legión de voluntarios. Otros países, aunque oficialmente neutrales y aun adversos, enviaron observadores, negociadores comerciales y sobre todo periodistas. Con algunos de ellos -americanos, ingleses, franceses- tuve efímera comunicación en aquellos tiempos, especialmente con ocasión de concedérseles algunas audiencias en el Cuartel General o cuando se hacían declaraciones.

El primer Embajador de Italia fue Cantalupo, un periodista fascista de la primera hora, que pasó por la España nacional como meteoro y a quien a pesar de mi ya antigua inclinación a todas las cosas de Italia no conocí ni trate personalmente. Sólo recuerdo su presentación de credenciales que fue la primera ceremonia oficial de algún viso en el incipiente Estado nacional. Se celebró en el Ayuntamiento y tuvo por marco la maravillosa Plaza Mayor de Salamanca. La Guardia mora existía ya con su empaque decorativo que aun tenía mucho de guerrero y de auténtico. Entre los uniformes militares, las camisas azules y las boinas rojas, daban a la concentración una pintoresca tonalidad. Una multitud ingenua y fervorosa. Franco, en un pequeño trono, esperaba, sobriamente vestido, sin otros adornos que la Gran Cruz Blanca del Merito Militar. El Embajador con uniforme fascista. El protocolo era todavía rudimentario, pero el acto tenía ya el valor de un acto normal y solemne en las relaciones de Estado a Estado. Italia, la Italia proletaria y fascista de aquellos días, la de Abisinia, la de Munich, afirmaba su fe en la victoria nacional.

Se ha fantaseado mucho -empezaron por hacerlo los mismos italianos- sobre la ayuda de la Italia de Mussolini a la España nacional. Esta ayuda fue realmente mucho más importante que la de Alemania y, no hay que decir, que la de cualquier otro país. Lo que sobre todo hay que consignar es que se prestó en forma extraordinariamente delicada, desinteresada y noble⁶. Ya he dicho antes que lo más importante de esa ayuda no tuvo lugar aquí dentro, entre nosotros, sino fuera de España donde impidió una mayor intervención de otro país en favor de la España roja. La ayuda de voluntarios italianos no fue pedida por España y solo fue aceptada cuando en el frente rojo de Madrid hicieron su aparición las brigadas internacionales. Entonces, a su vez, la prestación económica creció de volumen y será para siempre inolvidable la generosidad con que esa ayuda se prestó, sin exigencias ni apremios para los pagos y sin insinuar siquiera algo que remotamente se pareciese a una hipoteca de bienes o derechos de España. Frente a Italia y a cambio de su ayuda España no mermó ni su riqueza ni su libertad.

También es justa decir que por la parte alemana el apoyo moral fue valioso y que tampoco nos arrancó ningún compromiso futuro. Su ayuda material en cambio -material de guerra- fue cobrada a buen precio y al contado. Sólo recibimos entonces lo que pudimos pagar y en verdad que lo pagamos puntualmente en dinero contante y sonante. Pero debo repetir que desde cualquier punta de vista a ayuda alemana como la italiana nos dejó libres de todo compromiso patrimonial o político. Pese a las salvedades anteriores, hay que dejar constancia, asimismo, de que la ayuda que en el orden personal nos prestaran -un reducido grupo de técnicos y aviadores fue también cordial, efectiva, y sin condiciones.

⁶ No he podido añadir el adjetivo "discreta" porque la guerra de España representó dentro de Italia un "boom" propagandístico no inferior al de la guerra de Abisinia; era una gesta del "Impero". Hasta el nombre de Guadalajara se inscribía en la lista de las victorias fascistas, de la misma manera que en el Arco de Triunfo de París se inscribió "Bailen" entre las victorias napoleónicas.



Don Ramón Serrano Suñer preside en Valencia una de las primeras grandes concentraciones de la postguerra.

Con el Embajador alemán tuve mas ocasiones de trato, y ello fue debido a que el General Fauppel -que este era el hombre- mostraba por nuestros asuntos internos un interés manifiesto: a veces excesivo y hasta impertinente. Yo he creído siempre que ese interés, que en alguna ocasión pasaba el límite de la indiscreción y bordeaba peligrosamente el de la intriga, no procedía de ninguna consigna de Berlín. Era propia iniciativa del General y de su esposa; porque hay que decir que el General y su cónyuge eran un matrimonio embajador y no simplemente el Embajador y la señora del Embajador. Ambos se consideraban como especialistas, y por tales eran tenidos en Berlín, en cosas de España porque habían vivido en Sudamérica y dirigían en la capital alemana un Instituto de Cultura Ibero-Americana.

El General era un hombre corpulento –mucho menos que su sucesor von Stohrer- y ya un poco vencido por la vida. Con una faz que había sido aquilina, de ojos grises, vivos, y grande nariz. Frau Fauppel era gruesa, de aspecto vulgar, sin duda inteligente y afectadamente cariñosa y maternal. Ambos estuvieron decididos desde el principio a no pasar desapercibidos y actuar a toda costa. No teniendo mayores cosas en que emplear su tiempo se dedicaban a proteger y fomentar todas las pequeñas subversiones que se iniciaban frente al Cuartel General. Se dijo que habían alentado a Hedilla en este sentido y protegían y estimulaban a todos los falangistas de inclinación más germanófila o de significación más radical que caían por Salamanca. Fauppel padecía la superstición de que sólo un hombre extraído de la clase proletaria estaba en condiciones de hacer una revolución como la que nosotros intentábamos. A Franco no le quería y a mí me odiaba.

Tampoco en su función específicamente diplomática era un hombre con tacto. Siempre estaba dando consejos que no le pedíamos y recuerdo que un día -cumpliendo, sin duda con exceso, una consigna de tanteo- y con ocasión de ciertas necesidades de material de guerra que nos apremiaban, planteó a Franco en términos demasiado crudos no sé qué pretensiones sobre concesiones mineras que el Estado español en modo alguno podía aceptar. Franco se negó en redondo y recuerdo que a la hora del almuerzo estaba exasperado. Los dos pensábamos que era preferible que se perdiera todo antes que ceder o hipotecar una sola partícula de la riqueza nacional. "Antes que eso -me dijo Franco-, nos iremos al monte a resistir como podamos." Fue aquella una de las horas de mayor satisfacción que yo he vivido allí.

Mientras estas cosas sucedían en Salamanca -permítaseme anotarlo- corría por el mundo y era aceptada como buena por casi todos los países democráticos la versión de que la España nacional estaba hipotecando la soberanía española y entregando sus riquezas naturales en manos de Alemania e Italia. El incidente paso, afortunadamente, sin otras consecuencias. Fauppel no volvió a insistir.

Recuerdo también la presentación de credenciales de este Embajador. En vez del uniforme de general apareció en la plaza vistiendo toga y birrete de profesor. Era seguramente un acto muy expresivo frente a la situación oficialmente militar de aquel momento.

Respecto a mí -salvo siempre su buena intención-, cree que obraba instigado por algunos *incomprendidos* a *incolocados* y por toda una serie de insatisfechos que iban allí a buscar refugio y a aumentar su prevención anticatólica. El que yo hubiera sido diputado de un partido católico era suficiente. Fauppel se manifestaba siempre desfavorable a nuestras prácticas religiosas y nuestras costumbres.



Cantalupo, primer Embajador de Italia, tras la presentación de credenciales en marzo de 1937. A su izquierda, el diplomático español Sangróniz.



La Plaza Mayor de Salamanca durante la presentación de credenciales del Embajador Cantalupo.

También hay que decir que -salvo excepciones- las gentes que le rodeaban eran mediocres, tanto intelectual como moralmente, y en ocasiones de una mediocridad codiciosa y nefasta. Eran gentes reclutadas por el solo hecho de haber vivido en Hispanoamérica y hablar español: alemanes de exportación, mal dotados para la tarea diplomática. Sus peones de confianza fueron Köhn de la "S. S." Cónsul general en España, y Kroeger delegado del Partido y del Ministerio de Propaganda. Era este -mala persona- un pequeño hombrecito, cabezudo y rojizo, que alternaba el pardo y revolucionario uniforme de las "S. A." con un *mess jacket* gris que usaron otro tiempo en Alemania los oficiales de la Guardia Imperial, pero que a él no le daba otro aspecto que el de botones de hotel. Acaso también el carácter demasiado comercial de la ayuda alemana se debió a la influencia de esta clase de personas. ¡Salamanca quedaba muy lejos de Berlín!

Fauppel y todos los suyos reforzaban su acción proselitista mediante la organización frecuente de viajes a Alemania a los que invitaban a grupos de pequeños futuros políticos. La perfecta organización y presentación de los servicios alemanes tenía que impresionar a los visitantes, que, por lo general, volvían impregnados de germanismo. Ello hubiera sido enormemente útil a nuestros propósitos si los jóvenes y fogosos organizadores hubieran querido tomarse el trabajo de *traducir* sus experiencias al castellano. Aunque superficial, hubo por entonces en la España nacional mucho ensayo de organización a la alemana. "Auxilio Social" estaba, entonces, especialmente pendiente de lo que allí se hacía.

Fauppel acabó por regresar a Alemania y aun allí siguió ocupándose en las cosas de España -y de los españoles- en la medida de sus fuerzas. Cuando yo tuve otras responsabilidades más altas aun pude tener pruebas frecuentes de que su enemistad hacia mi no se había extinguido y de que, a su manera, sabotaba mi acción cuanto podía. Pero a todos aquellos recuerdos se sobrepone ahora en mí una imagen trágica que me veda todo encono: el General, ya viejo, y la señora Fauppel muriendo voluntariamente en las ruinas de su patria a la vista de las legiones soviéticas que avanzaban sobre la capital y sobre la Historia.

El hombre de Alemania

En realidad de aquella etapa Fauppel surgió otra leyenda en torno a mí: la de mi antigermanismo. Ciertamente que con razón era yo tenido por un italianófilo marcadísimo frente a la germanofilia que en general dominaba el ambiente. (¡Cuantas censuras de hombres que habían tenido y aun tenían posiciones entonces decisivas me valió esta actitud mía!)

Las cosas no eran exactamente como se contaban. Cierto que yo era, de siempre, un verdadero amigo de Italia y me parecía mas próximo y mas comprensible el fenómeno italiano que el alemán. Más tarde pensé muchas veces en la función moderadora de la amistad hispano-italiana frente a los peligros de una germanización excesiva que pudiera traer el triunfo alemán. Pero de esto a ser un antialemán había gran distancia. Ahora bien, entonces, lo alemán era lo fuerte, lo que abría posibilidades políticas, y ello determinaba, en algunos grupos, la equivocada creencia de que el desenfreno

germanófilo constituiría eficaz ayuda en la carrera por el poder. Cualquiera que hiciera compatibles -como yo había apoyado en un sentimiento que tenía abrumadora mayoría en la España nacional los sentimientos de amistad hacia Alemania con una posición española independiente y decorosa resultaba casi un sospechoso frente a la incondicionalidad de los corredores. De aquellos grupos surgía siempre quien todavía era más "pro alemán" que el que lo era más. Cuando tenga humor intentaré escribir un nuevo capítulo de recuerdos que podrá titularse "El hombre de Alemania". Cualquiera se proclamaba tal y desconceptuaba de tal a quien podía estorbarle. A tantos "hombres de Alemania" que aun pululan hoy estorbaba yo: claramente entenderá el lector la razón de esta leyenda sobre mi antigermanismo. Puedo asegurar y probar -en relación nominal- que aquellos mismos hombres de Alemania que hicieron la leyenda de mi antigermanismo entonces, son los que luego -vencida Alemania- pretendieron poco gallardamente endosarme a mí la titularidad exclusiva y excluyente de la germanofilia española. Los que pensaron seguir trampeando lanzando contra mí el grito plebeyo e innoble de: "¡A ese!"

Aún antes de constituirse el Gobierno fui a Alemania en uno de aquellos viajes, más bien inútiles, que según antes he dicho se organizaban en Salamanca. Habíamos de asistir al Congreso de Nuremberg. El viaje lo había organizado Fauppel con el servicio diplomático del Cuartel General. Presidía la expedición y era su figura central Nicolás Franco y nos acompañaron Ortega, Martínez de Bedoya, Arias Paz, el Marqués de Rozalejo, el Teniente Coronel Díaz Varela, ayudante de campo del Generalísimo, y algunos más que no recuerdo. Ciertamente yo no me sentí bien tratado en aquella ocasión. La leyenda, sin duda, había trascendido allá.

Una vez constituido el Gobierno no faltaron personas importantes -incluso Ministros- que amistosamente me advirtiesen de aquel peligro de no ser "hombre de Alemania". Me estimulaban a procurar una aproximación que estimaban indispensable.

Cuando llegó von Stohrer a sustituir al General Fauppel en la Embajada venía también claramente prevenido contra mí. Aunque muy pronto habíamos de ser buenos amigos. Mi buena fe, mi claridad de una parte y de otra su buena disposición y su conocimiento de las cosas de España y de los españoles habían de crear esa amistad.

No deja de constituir un sino curioso que quien entonces cargaba sobre sí con aquella fama había de pasar más tarde ante el mundo entero, y de un modo legítimo, por ser el gran germanófilo. La mayor parte de los que entonces se disponían a regatearme aquel título (como si fuese el poder mismo) me lo ofrecen hoy generosamente y en exclusiva. Y no soy yo quien haya cambiado por cierto. Ni entonces era el antialeman que ellos propalaban, ni luego ni nunca he sido el incondicional que han pintado. Pero lo mismo antes que ahora acepto con gusto mi fama, al menos, en lo que tenga de significativa. Yo estoy hace tiempo en mi casa, conforme conmigo mismo. A muchos de ellos les veo todavía en carroza oficial tratando de hacer los "hombres de América" como si se terciara tratarían de hacer, a la manera circense, el hombre o el oso de Rusia.

De todos modos algo quedó siempre de aquella época. He sido, en el Gobierno, un amigo leal de Alemania, pero jamás un criado suyo. Ni mi inclinación personal, ni el orgullo de mi raza, se conforman con ese destino. Yo no he servido más que a España. Y acaso por ser amigo y amigo leal, por no ser meramente un servidor, me cabe la sospecha -tuve siempre en mi intimidad la certidumbre- de que en la hora del triunfo yo

no habría sido nunca -como ya me decían Los de Salamanca- el hombre de Alemania. Yo no sirvo para desempeñar papeles semejantes. Ahora, derrotada esta, ya puedo hablar como verdadero amigo suyo sin miedo a tener demasiados contrincantes. Porque fui amigo leal, y no servidor interesado, nadie me podrá negar el legítimo uso de ese título de "amigo de Alemania" del que mis sentimientos, mi conciencia y mi decoro me impiden renegar. Más diré: si fuera posible, si fuera verosímil hacerme pasar por el único germanófilo de España, aceptaría con gusto ese papel y la condigna responsabilidad y ojalá que ello fuera útil para desembarazar nuevos caminos. Por desgracia esta demasiado claro que ese papel es excesivo para un hombre solo. Esto era ya antes evidente pues yo salí del Gobierno cuando aun duraba la hora cenital y triunfante de Alemania y se mantuvo aquí la misma política exterior. Ni fui yo quien pronunciara el último discurso germanófilo ni quien hiciera el último viaje a Berlín.

Mi desprecio a tanta malevolencia y tanta indigna mendacidad me habrían impedido hablar a mí personalmente -porque no pareciese cobarde retractación- ante un gran publico distante de la rigurosa verdad de las cosas (y en su ingenuidad fácilmente trabajado por el estrépito de todas las propagandas) si no fuera porque los *Diarios* del Coronel General Jodl y del Conde Ciano y alguna manifestación de Hitler, documentos ya conocidos en el mundo, han venido a aclarar las cosas y a ponerlas en su punto.

Pero todo esto es adelantar lo que vendrá por su orden. De cómo creo yo que hay que tratar ¡de cara ala verdad! ese problema de la germanofilia ya hablaremos más adelante, porque ahora estábamos aun en Salamanca y de Salamanca con el parvo hatillo del Estado español naciente sobre los hombros hemos de pasar a Burgos donde va a constituirse el primer Gobierno nacional propiamente dicho.